

TOMA DE POSESION COMO DEÁN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

Plasencia, 6 de diciembre de 2019

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo emérito de Albacete

MM.II. Sres. Capitulares y demás sacerdotes

Personal del servicio catedralicio

Hermanos y hermanas

Amigos todos

Mañana se cumplen 33 años de mi toma de posesión como canónigo de esta catedral. Soy, pues, veterano en esta corporación, en la que, por cierto, me he sentido siempre muy bien acogido y respetado. Aquí he tenido una comunidad sacerdotal de referencia así como un altar propio para celebrar la Eucaristía, algo que he disfrutado mucho, probablemente por la sensación de venir a casa, dado que por razones de mi trabajo pasaba la mayor parte del tiempo en Salamanca.

Quiero, pues, saludar con fraternal afecto a los capitulares y mostrarles mi sincera gratitud. Y eso, a pesar de Don Miguel de Unamuno, quien, como muchos de ustedes saben, escribió en su libro "Por tierras de Portugal y de España", de 1911, la siguiente referencia a Plasencia:

"rodeamos la ciudad... dejándola en su secular siesta, sólo interrumpida de tiempo en tiempo por las intestinas dimensiones de su bélico cabildo, luchas de canónigos que ponen en conmoción al pueblo entero. Pues... si no hay batallas de canónigos, ¿qué van a hacer en Plasencia? Jugarse el dinero, que es su forma de matar el tiempo y la vida".

Comprenderán que, por esta vez, haga un paréntesis en el afecto y reverencia que siento por el ilustre rector de Salamanca.

Anécdota aparte, como primer compromiso en la tarea que hoy asumo, quisiera ser escrupuloso en el respeto a la naturaleza colegial de esta institución, con todo lo que ello significa en el orden de la información, de la decisión y de la ejecución. En el cabildo todos somos responsables de todo, si bien cada uno tiene una parcela específica, que ha de atender con competencia y dedicación. Al mismo tiempo, el propio cabildo ha de procurar para el buen funcionamiento de la catedral el recurso de servicios técnicos especializados que hagan que la gestión de la misma sea ágil, eficaz, sostenible y transparente.

Trascendiendo estas cuestiones más operativas, pero no por ello faltas de importancia, creo que el principal reto del cabildo es el de encontrar la justa relación entre la catedral como espacio privilegiado de culto y la catedral como signo cualificado de cultura. Culto y cultura. No son dos dimensiones que corren paralelas sino que están llamadas a interactuar y enriquecerse mutuamente.

Hace años escribí a este propósito un artículo al que puse el título de "La catedral como universo cultural". En este universo conviven de forma creativa esas dos dimensiones, y a este argumento quisiera dedicar fundamentalmente mi intervención, consciente de que, más allá de la pura especulación teórica, están latentes problemas

reales, que afectan al día a día de la vida catedralicia. Tener claro el horizonte de sentido es *conditio sine qua* non para dar la respuesta adecuada a esos problemas.

La catedral se explica sólo dentro de un horizonte de sentido que tiene que ver directamente con Dios. El poeta y ensayista alemán del siglo XIX, Heinrich Heine, siendo joven, visitó la catedral de Amiens con un amigo. Éste permanecía absorto ante aquella mole pétreo. Recuperado de la aguda impresión producida por la visión del extraordinario templo construido entre los siglos XIII al XV, se dirigió a Heine y le preguntó si sabía la razón por la que no se levantaban en la actualidad obras como la que se erguía ante ellos. Heinrich Heine respondió: “Querido amigo, los hombres, en aquellos tiempos antiguos, tenían convicciones (*überzeugungen*); nosotros, los de hoy, sólo tenemos opiniones (*meinungen*), y, para erigir una catedral gótica, se precisa de algo más que una mera opinión”.

Para levantar una catedral, en efecto, hay que tener certezas sólidas acerca de la vida y de la muerte, acerca del mundo y de la historia, acerca del hombre y de Dios. En este sentido, Léon Daudet, escritor y político francés (1867-1942), volvió a la fe escuchando en Notre Dame al P. Marie-Albert Janvier (1860-1939), capellán de los artistas franceses. Desposado ya para siempre, interiormente, con la catedral de Notre-Dame, en la que encontró la luz, Daudet la definió con estas palabras: “Centinela espiritual de Occidente, que es, en la piedra labrada y esculpida, lo que santo Tomás es en la letra impresa”.

“Centinela espiritual de Occidente”. Y es que en la catedral de Notre Dame, al igual que en la de Plasencia y en las demás catedrales románicas y góticas de Europa, las piedras hablan y confieren sentido al quehacer de los hombres. Hablan de fe y de razón, de teología y de filosofía, de pensamiento y de sentimiento, de la ciudad de Dios y de la ciudad de los hombres, de luz y de perdón, de gracia y de esfuerzo, de eternidad y de finitud, de Dios y de cada uno de nosotros.

La catedral pertenece a la fisonomía de la ciudad no sólo desde el punto de vista urbanístico, sino como elemento configurador y unificador de la misma. En nuestro contexto histórico y cultural iban parejas la fundación de la ciudad y la construcción de la catedral. Algunas novelas han usado este hecho como escenario referencial de su trama. Es el caso, por ejemplo, de *Los pilares de la tierra*, de Kent Follet.

Como ha puesto de relieve G. Duby, en su obra *La época de las catedrales*, en la construcción de la catedral se manifiesta el espíritu de toda una época desde el punto de vista social, religioso, económico y simbólico. La catedral es el centro vital de la ciudad. En el conjunto que forman plaza y mercado, calle y casas, la catedral no es un elemento más sino el que aglutina y orienta todos los demás. Tanto es así que hasta el siglo XVI una población era reconocida como ciudad por la corona inglesa sólo si tenía catedral. Entonces era “city”, si no era un simple “town”.

El compromiso de los ciudadanos con la construcción de su catedral es buena prueba de lo que vengo diciendo. Martina Saltamacchia escribió una tesis sobre las formas de financiación en la construcción de la catedral de Milán. La conclusión es sorprendente: el dinero del príncipe Gian Galeazzo Visconti, representa sólo el 16% de la suma total, en tanto que las aportaciones entre limosnas y donaciones del pueblo subía al 84%. Cualquier cosa servía: un florín de oro o una monedilla de cobre, toneles de vino o sacos de trigo, el mantel bordado o el paño desgastado. Y es que para aquella gente la catedral visibilizaba la presencia de Dios en medio de su pueblo, y a la vez, orientaba hacia él como su plenitud.

Esto es así porque los distintos elementos que conforman una catedral (las piedras de su arquitectura, los objetos artísticos, el altar, la sede episcopal, la liturgia, el archivo etc.) forman una unidad que integra los tres aspectos que la filosofía ha llamado “propiedades trascendentales del ser”, a saber: verdad, bondad y belleza. Quisiera subrayar la relación entre el todo y las partes, principalmente porque creo que la unidad original del universo catedralicio ha quedado rota. La catedral ha quedado reducida a sus aspectos litúrgicos y/o estéticos. Es el caso, por ejemplo, de muchos visitantes que atraviesan las puertas de la catedral. Me pregunto si es posible comprender la “verdad” de las formas arquitectónicas y de los objetos artísticos sin conocer el universo mental al que pertenecen aquellas formas y aquellos objetos. ¿Puede uno gustar determinados conjuntos si no sabe interpretar las doce figuras como los doce apóstoles o las cuatro como los cuatro evangelistas? Otro tanto puede decirse de los grupos de profetas o de santos, o de las series de misterios de la vida del Señor.

Voy a poner un ejemplo un poco extremo, solicitando disculpas a la audiencia por si le hago alguna violencia. Imaginemos una escultura o una pintura. Representa a un hombre crucificado, clavado de pies y de manos, con una corona de espinas, espumarajos en la boca, cuerpo ensangrentado... ¿No resultará repugnante una representación de esas características? ¿Puede sostenerse la belleza de esa figura a menos que se conozca el sentido de aquella muerte como expresión de la fidelidad a Dios y del compromiso a favor de los hombres, sobre todo de los desheredados de la tierra?

No digo que sea necesario tener fe, pero sí que es necesario un mínimo de conocimiento del universo mental de la fe cristiana y una actitud básica de respeto hacia la misma.

El arte en la catedral se comprende como expresión de la fe y al servicio de la fe, según aquel dinamismo del texto de la carta a los Hebreos que dice: “lo visible proviene de lo invisible” (Heb 11,1).

La belleza original del cosmos posibilita la belleza creada por el hombre con el juego de los colores, los sonidos y las formas. Eso es el arte, encarnación de aquella belleza original. Y aunque a algunos les resulte difícil de aceptar, la fe cristiana ha hecho siempre buenas migas con el arte auténtico. La Iglesia –decía San Juan Pablo II en su carta a los artistas con motivo del año 2000- ha reconocido siempre en el artista una imagen especial del Dios creador y en la obra de arte un reflejo de la misma obra creadora divina.

De manera específica, en la catedral el arte es expresión de la fe, y está al servicio de la fe. En pocos lugares como en el templo cristiano se puede hablar con propiedad de la función social del arte, frente al llamado arte del caballete, de la exposición o de los museos, convertidos a veces en auténticas necrópolis (cementeros) de las obras de arte.

El arte, en la catedral, orienta hacia una verdad, suscita unos sentimientos y anima a unas actitudes acordes con aquella verdad, y lo hace de forma convincente, cautivadora y bella.

Aunque no siempre es así ni tiene por qué ser necesariamente así, esto que digo es especialmente cierto cuando el propio artista es partícipe de ese universo. Es el caso de Gregorio Fernández, que se preparaba con oraciones y ayunos antes de acometer la creación de las piezas de nuestro Retablo Mayor. En él se unían el trabajo, la

destreza de las manos, la capacidad de acoger la belleza original de Dios y las ansias de santidad.

Belleza y santidad. Esta es la relación más profunda que puede establecer el arte de la catedral, y que me lleva a un último pensamiento.

Por todo lo dicho hasta ahora, se comprende fácilmente que nada tiene en la catedral un sentido puramente ornamental. Todos los elementos catedralicios están orientados a la acción litúrgica, que se sirve de ellos para transportar a la comunidad creyente de la tierra al cielo; o, si se prefiere, para que sea Dios mismo quien venga del cielo a la tierra. De esta forma, cuando el fiel entra en la catedral hace suyas las palabras del libro del Apocalipsis: "Ésta es la morada de Dios en medio de los hombres" (21,3).

Los elementos de la catedral hablan de Dios, remiten a él. Lo que hace la liturgia es poner en acción todos esos elementos e introducirlos en una dimensión nueva, que no sólo habla de Dios sino que es la presencia de Dios mismo. La luz de los vitrales y los resplandores de los dorados, la música del órgano y el canto, la expresividad de las imágenes, el olor del incienso, la evocación de las vestiduras litúrgicas... todo eso certifica a la comunidad creyente una gran verdad: Dios está en medio de nosotros, está aquí. Esa certeza se hace aún más evidente cuando, como corresponde a la catedral como lugar de la cátedra episcopal, es el propio obispo, principio y signo de unidad y de comunión, el que predica la palabra, anima la caridad y se hace liturgo de los misterios de Dios.

Sin abandonar la tierra, ese grupo humano, reunido en torno a su pastor, se siente transportado al cielo, donde los ángeles y los santos hacen justamente eso: gozar de la grandeza de Dios, cantar su gloria, celebrar su amor.

Por todo lo dicho este sacerdote que ahora tiene la palabra considera, más que un honor, un don y una gracia poder servir en este santuario de la verdad, de la bondad y de la belleza.

Me encomiendo a la intercesión del Beato José Polo Benito, quien fuera deán de esta catedral en torno a 1920, mártir de la fe en el año 1936

Muchas gracias.

Jacinto Núñez Regodón

Deán/Presidente del Cabildo

Santa Iglesia Catedral

Plasencia